

ALBERTO PIRIS

Los peligros del postterrorismo

Una valoración correcta de la situación política internacional, a partir del pasado día 11 de septiembre, obliga a establecer algunas premisas que eviten caer en el torbellino de las palabras resonantes pero erróneas y de las valoraciones apasionadas e irracionales que tanto han proliferado desde entonces.

Los titulares de los medios de comunicación no han ayudado mucho en este empeño. “EEUU en guerra”, “Bush declara la guerra al terrorismo”, “La guerra llega a América”, “Declaración de guerra a EEUU”, “Comienza la Tercera Guerra Mundial”, son algunos de los leídos en la prensa española y estadounidense. Hay que creer que la atropellada e irreflexiva reacción inicial del presidente Bush, declarando que su país se encontraba en estado de guerra, contribuyó mucho a lograr este efecto. La espectacularidad del atentado terrorista, transmitido en directo a todo el mundo, ha llevado a la opinión pública internacional a aceptar, sin el menor esfuerzo crítico, el diluvio de palabras y conceptos que acompañaban a la estremecedora realidad. Los medios de comunicación españoles y europeos, en general, se dedicaron durante los primeros días a seguir casi al pie de la letra todo lo que les llegaba de EEUU. En ese país era comprensible el esfuerzo de las cadenas de televisión, de la prensa, la radio y todo el variado espectro periodístico que allí vive y se desarrolla, con el objeto de estimular y reanimar a un pueblo que, estupefacto y herido en lo más íntimo, tenía que recuperarse, agruparse y volver a sentirse orgullosamente formando parte de lo que allí, con toda naturalidad, se considera el primer país del mundo.

Concluido ese chaparrón inicial, que por insistente y ensordecedor ha llegado a ofuscar la capacidad de juicio reflexivo y ecuánime, es preciso volver a restablecer en su nivel real lo que ocurrió aquel fatídico día. Y eso fue, sencillamente, que EEUU sufrió el más pavoroso ataque terrorista jamás conocido. El empleo de unos instrumentos inéditos hasta entonces —aviones comerciales secuestrados— contribuyó a aumentar el pánico, a causa del factor sorpresa, bien aprovechado por los terroristas. El fracaso de los servicios de inteligencia (CIA en el exterior y FBI en el interior) para actuar anticipadamente fue notorio y escandaloso. La espectacularidad del atentado —efecto buscado *ex profeso* por los terroristas— llegó instantáneamente a todos los habitantes del mundo desarrollado que pudieran con-

Alberto Piris es general retirado del Ejército español, analista del CIP

templar un televisor. El mundo financiero y el militar —dos de los aspectos en los que EEUU no admite competencias externas— fueron humillantemente heridos, de modo más simbólico que real, en la elección de los objetivos atacados.

Pasado el desconcierto que durante las horas siguientes reinó en EEUU, el Gobierno estadounidense decidió llevar a cabo los pasos que parecen obligados en tal caso. En primer lugar, investigar a fondo para descubrir a las personas, grupos, organizaciones o, en su caso, países o Estados, que pudieran ser responsables del múltiple acto terrorista. A continuación, organizar y, a su debido tiempo, ejecutar las acciones de represalia que la opinión pública le exige, la política interior recomienda y el derecho internacional le autoriza, lo que, en el momento de escribirse estas líneas está todavía en un plano puramente teórico, por no saberse aún cuál ha de ser el objetivo de dicha represalia.

Lucha contra el terrorismo internacional

En el curso de los acontecimientos posteriores, hay algunos aspectos que producen especial inquietud. Los actos de terrorismo suelen ir seguidos de un periodo, que podría llamarse “el postterrorismo”, donde la violencia del hecho, su impacto en la sociedad, la tensión a la que están sometidos los gobernantes y la incertidumbre generalizada contribuyen a que los dirigentes den pasos en sentido equivocado y tomen decisiones de las que luego es casi forzoso tener que arrepentirse. En este caso, no ha habido excepciones a la regla general. “Declaramos la guerra al terrorismo internacional y la ganaremos”, como ha expresado el presidente Bush, es una frase cargada de retumbantes significados, pero más propia de una arenga patriótica o de un mitin electoral que de quien ha de dirigir a la primera superpotencia del planeta en unos momentos confusos para todo el sistema internacional.

Esto es así porque no se puede declarar la guerra a un enemigo impreciso. El terrorismo internacional no es un enemigo colectivo. No tiene un gobierno, un territorio, una capital, un Estado o unos ejércitos. Coexisten muchos terrorismos hoy en el mundo, en gran parte desconectados entre sí y no solo no coincidentes en sus propósitos sino, en ocasiones, divergentes. Existen varios grupos terroristas que se amparan en la bandera del islam, pero también hay terrorismos occidentales europeos (vasco, norirlandés, corso), terrorismos caucásicos (checheno), asiáticos (tamiles o filipinos) y algunos más que harían larga esta lista. Esos terrorismos carecen de frentes de combate y de retaguardias unificadas. ETA la tuvo en Francia, el IRA en Irlanda, algunos islámicos en Siria, Irak, Afganistán, etc. Su logística es dispersa y abarca extensas regiones del planeta. Destruir los puentes sobre el Danubio, como hizo perversamente la OTAN para derrotar a Yugoslavia, no es una acción bélica que pueda aplicarse en este caso. Ni efectuar un desembarco aeronaval o un ataque por tierra, porque no existen ejércitos que defiendan posiciones concretas.

El terrorismo internacional no puede ser el objetivo de una guerra, del mismo modo que no lo pueden ser el narcotráfico, la emigración ilegal, el crimen organizado o la delincuencia internacional. Éstos pueden ser objeto de muchas acciones políticas, diplomáticas, económicas, policiales (con cooperación de fuerzas militares), pero nadie en sus cabales puede declarar una guerra a esas vagas entidades y, peor aún, proclamar que la va a ganar. Hablar, pues, de guerra en este caso

puede tener otras finalidades, pero es totalmente inapropiado. Puede servir para elevar la moral del pueblo estadounidense, acostumbrado a servirse de la guerra para imponer sus intereses nacionales en todo el mundo, o para hacerle creer que, del mismo modo que EEUU se apoderó del panameño general Noriega y lo juzgó por narcotráfico en sus tribunales, también podrá hacer algo parecido con algunos destacados cabecillas terroristas esparcidos por todo el planeta. Puede servir, también, para invocar la solidaridad de los aliados de la Alianza Atlántica, a los que el texto del Tratado les obliga a considerar como ataque dirigido contra todos los miembros el que sufriera uno solo de ellos.

Terrorismo, no guerra

Equiparar un acto de terrorismo, por brutal y sangriento que sea, con una acción bélica es equivocado, además, por otros motivos. El recuerdo de Pearl Harbor, reavivado en esta ocasión para establecer un falso paralelismo, solo es aceptable en un aspecto: el ataque japonés de 1941 contra la Flota estadounidense del Pacífico fue el revulsivo que forzó a EEUU a entrar en la ya declarada y sangrienta II Guerra Mundial. Despertó la conciencia de los estadounidenses al conflicto en que Europa, África y Asia estaban implicadas y que ellos no acababan todavía de entender. Pero nada más. No es posible encontrar otras analogías. Nadie ha declarado la guerra a EEUU derribando las torres gemelas de Manhattan y aniquilando un segmento del Pentágono washingtoniano. No hay guerra en el sentido propio de esta palabra.

Las operaciones ofensivas del terrorismo nada tienen que ver con las acciones bélicas que buscan objetivos estratégicos de una u otra naturaleza. Su finalidad es, desde siempre, aterrorizar a las poblaciones que las sufren, bien llamando la atención sobre una causa que los terroristas estiman justa y desatendida por el resto del mundo, bien buscando doblegar la voluntad de los Gobiernos y obligarles a ceder en aspectos concretos que benefician a quienes del terrorismo hacen instrumento político. Del mismo modo que los Estados se sirven de la guerra como medio para alcanzar fines políticos, el terrorismo ha sido también en la historia instrumento de otros grupos que buscaban objetivos políticos. Como ejemplo actual de ello cabe citar el papel del terrorismo judío en la creación del Estado de Israel.

Una reacción violenta y desproporcionada al ataque sufrido por EEUU puede reavivar el estado moral del pueblo estadounidense —si también se refleja en espacios preferentes en los medios televisivos— y puede conseguir más votos para Bush en las próximas elecciones presidenciales. Pero también va a fomentar irremisiblemente el nacimiento y el desarrollo de nuevas generaciones terroristas que representarán una seria amenaza para el futuro.

Otros aspectos del postterrorismo que son especial motivo de preocupación vienen claramente expresados en las siguientes palabras del general británico Sir Peter de la Billiere, que fue Jefe de las fuerzas británicas durante la última Guerra del Golfo: “Debemos estar preparados para lo peor. Y esto muy bien podría significar una cierta disminución de derechos civiles de todos nosotros, ya seamos ciudadanos británicos o extranjeros. Y también un incremento de las medidas de seguridad. Y a la vez debemos ser mucho más duros respecto a los refugiados políticos y los solicitantes de asilo”. De ese modo, el terror alcanzaría muy bien sus

Del mismo modo que los Estados se sirven de la guerra como medio para alcanzar fines políticos, el terrorismo ha sido instrumento de otros grupos que buscaban objetivos políticos

objetivos, cuando tan distinguido personaje político y militar solicita del pueblo inglés que esté siempre “preparado para lo peor”, y que además acepte recortes en sus libertades públicas. Crear miedo entre las poblaciones es cómodo para todos, especialmente para los gobernantes, que automáticamente ven reducir la intensidad de la legítima crítica a la acción del Gobierno y que se encuentran con unas oposiciones políticas con muy poco margen de maniobra, so pena de ser tildadas de antipatriotas. En las palabras antes citadas, no solo se propugna una “cierta disminución de derechos civiles”, sino también dureza “con los refugiados políticos y los solicitantes de asilo”. El postterrorismo, como resulta evidente en el texto citado y en muchos otros que estos días han visto la luz pública, puede llevar en sí los gérmenes del más evidente fascismo.

¿Democracia o seguridad?

Obligar a una sociedad a elegir entre fascismo y seguridad por una parte y democracia e inseguridad por otra, es una vieja trampa política que puede producir nefastos resultados en los países europeos. El terrorismo no podrá jamás erradicarse mientras en múltiples zonas del planeta existan poblaciones sometidas contra su voluntad, perseguidas, aniquiladas, humilladas o desposeídas de lo que era legítimamente suyo. Si a estas circunstancias se añade un factor de fanatismo —que no necesita ser solo religioso o islámico, sino cultural, incluso étnico, como sucedió con el nazismo hitleriano— que haga verosímil la idea de que morir en acto de servicio es un hecho deseable y propiciador de futuros deleites sobrenaturales, la figura del terrorista suicida presenta un reto difícil de superar. Los niveles de control de la población y de desarrollo de la vida cotidiana, que parecen necesarios para garantizar la seguridad de los pueblos en esas circunstancias, harían probablemente muy difícil la convivencia humana que es el objetivo final de las sociedades democráticas y justas.

La guerra contra el terrorismo solo puede concebirse de otro modo: previendo y desactivando todos los conflictos que pueden fomentarlo. EEUU ha utilizado con frecuencia a potenciales terroristas en tanto en cuanto sirviesen a sus intereses. El ahora enemigo público número uno de Washington, Osama Bin Laden, fue apoyado, financiado y armado por la CIA mientras pareció que podría ayudar a EEUU a expulsar de Afganistán a la extinta URSS. EEUU sigue bombardeando periódicamente Irak, país contra el que efectivamente aún se encuentra en guerra, creando con ello nuevos odios y resentimientos, y alimentando futuras generaciones de terroristas. Extender los bombardeos de modo indiscriminado, solo para satisfacer las ansias de un pueblo irritado y reconstruir el orgullo patriótico vulnerable, es la mejor fórmula para que el terrorismo encuentre nuevos terrenos abonados.

No hay guerra eficaz ni fórmula definitiva contra el terrorismo internacional. Este solo podrá desaparecer cuando se extingan los fuegos que lo alimentan sin cesar: los conflictos no resueltos por incapacidad, complicidad o rivalidades internas entre las grandes potencias que en ellos tienen intereses. La humillación, persecución y constante aniquilación del pueblo palestino por Israel, apoyado sin condiciones por EEUU, son el origen de la espeluznante acción terrorista que el mundo contempló estremecido. Añadir nueva violencia a la ya existente, aplicando la Ley del Talión en una espiral infernal e ilimitada, no llevará a una solución final.